



COMO DESPERDICIA EL TALENTO NACIONAL

Miguel de Zubiría Samper*

A MODO DE ILUSTRACION

En cierta ocasión los profesores de un colegio notaron un cambio sorprendente en un joven estudiante de doce años: por un mes no habían tenido que expulsarlo de clase. Y no era para menos, en su corta biografía, que un amigo profesor prefería denominar prontuario, había acumulado la expulsión de nueve colegios... esta era la última oportunidad académica de su vida. El lo sabía.

Por sugerencia del profesor de ciencias naturales, los estudiantes debían participar en una feria interna de la ciencia. A partir de aquel momento nuestro joven escolar cambió por completo su desmotivación. Se le veía absorto en la elaboración de planos complicados; cualquier hoja que caía en su poder acababa repleta de resistencias, ohmios y voltajes. Desde un ya lejano día en que llorando al amanecer despertó a su mamá, pues quería escuchar una determinada sinfonía, a la edad de un año, en pocas oportunidades había mostrado tal entusiasmo; al menos no tan persistente.

Al cabo de un mes de árduo trabajo intelectual, finalmente llegó la ansiada ocasión. Al fin se expondrían los artefactos científicos.

Algunos de sus compañeros llevaban un bombillo de linterna co-

nectado con cables y cinta pegante a una pila de nueve voltios para "demostrar que una pila adecuadamente enlazada a un pequeño bombillo prende. La experiencia era contundente: el bombillo se encendía. Otros portaban grandes hojas de papel periódico rasgadas y remendadas con cinta transparente, mediante las cuales expondrían los pasos en la transformación de los hidrocarburos. Hojas en donde se veía a las claras la mano oculta de un papá químico o un ingeniero de petróleos.

Sea como fuere, la atención estaba toda dirigida al joven del relato. En una pequeña bolsa de plástico, que en algún momento contuvo verdes limones, mantenía oculto el producto de su amor por el conocimiento, de la pasión humana por plasmar en una obra tecnológica su rudimentario saber. Nadie sino él conocía la naturaleza del objeto que lo había desvelado durante un mes.

Como reconocimiento al trabajo y a la disciplina, tal vez también un poco debido a la curiosidad, el profesor otorgó la primera exposición al niño de la bolsa de plástico.

Sin mediar palabra, extrajo del plástico una pobre ranita medio muerta de asfixia y la depositó sobre la mesa de demostración. Sostenida primeramente con la mano izquierda, aprovechó la mano restante para desenredar una serie de pequeños cables conectados a un

paquete de cigarrillos que guardaba unas pilas conectadas en serie. A una tosca silla de balso iban a parar los cables.

Desconcertado ante la presencia simultánea de un ser vivo y de un objeto tecnológico, al profesor no le quedó más recurso que formular la pregunta obvia: "Y que es esto? A la misma velocidad, pero con un brillo intenso en los ojos, el joven aprendiz respondió: "Una silla eléctrica para electrocutar ranas"... Al poco tiempo abandonaba su noveno colegio.

Todavía recuerdo la charla informal que sostuve con él. En ella me comentó, con la frente ceñida y una expresión de desconcierto que estaba aburrido de escuchar siempre la misma repetición de informaciones y de ver que los profesores nunca profundizaban en los temas y tenían pereza de pensar.

LA INTELIGENCIA EN CONTRAVIA

Como este joven muchacho, existen no menos de 300.000 niños, niñas y jóvenes menores de 15 años en circunstancias análogas, en las más disímiles latitudes. Pequeños hombres colombianos para quienes no hay lugar en el aparato educativo. Condenados de por vida a automutilar sus dotes especiales, sino a concluir sus días en hospitales psiquiátricos debido a un desgraciado estigma: la inteligencia.

En razón a su inicial capacidad de aprendizaje y a su capacidad prodigiosa, las aulas regulares, las rutinas, las planas, el aprendizaje memorístico, marchan en contravía. Niños afectos de una peligrosa enfermedad, menos mal reversible, la inteligencia superior. En

* Psicólogo. Director Pedagógico, Instituto Alberto Merani.

una sociedad asimismo doliente de otra virtud quizá irreversible, la masificación.

Sacrificados en virtud de un decreto aborrecible, que predica la igualdad en un mundo plagado de diferencias. No hay espacio para lo dispar.

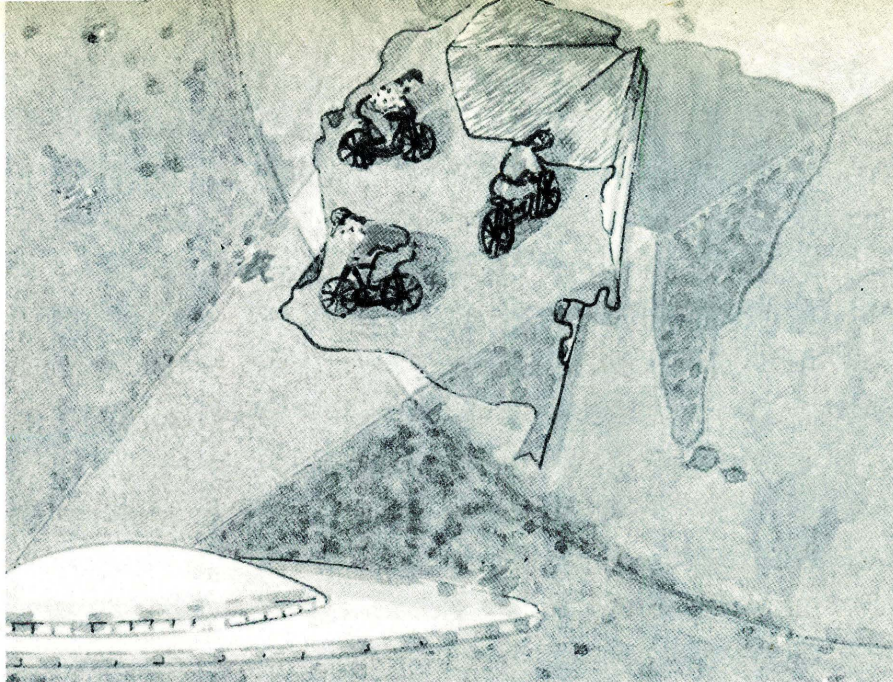
Para ellos, —menos mal—, la violencia homogenizadora y masificante es tan brutal que luego de los tres primeros grados de primaria, son mayoría quienes han comprendido las reglas del juego escolar. (No preguntar, no emocionarse, entregar a tiempo las tareas, grabar antes de los exámenes la información, repetir y volver a repetir, etc.) Quienes no han soportado los reglamentos son perseguidos por los coordinadores de disciplina, en los primeros años que les restan antes de ser despedidos definitivamente de la escuela... en varias ocasiones por pobre desempeño intelectual, según le sucedió entre muchos a Thomas Alba Edison.

CICLISMO E INTELIGENCIA

Con marcado fatalismo, en una pasada revista de Colciencias se insistía en que la producción actual de ciencia y tecnología está concentrada en un grupo de siete países. Sólo el 7% del conocimiento mundial es aportado por las 150 naciones restantes. Uno solo cualquiera de los siete produce más ciencia que el resto de los países parásitos gnoseológicos.

Claro está, las condiciones objetivas. Pero, ¿caso las condiciones subjetivas no son responsables, en alguna medida, de tal atraso? Poseemos los recursos humanos potenciales, sin duda. No menos de 300.000 futuros generadores de ciencia, tecnología y arte.

No obstante, según lo entiende hasta el más amateur de los entrenadores deportivos, ningún virtuoso atleta, ciclista, boxeador, futbolista, etc. nace; todos ellos se hacen. Ningún virtuoso pintor, li-



terato, escultor, es producto del azar; siempre lo es de una educación paciente y precoz; iniciada en temprana edad... Mucho menos se pueden producir investigadores.

Deviene paradójico, que nuestro país no haya comprendido la importancia capital de configurar escuelas científicas que promuevan en su raíz la formación del futuro talento investigativo. Mientras que a la mano tenemos el ejemplo vivo a donde han ascendido las ligas infantiles de ciclismo, con sus escuelas asociadas y tres equipos internacionales que han costado a la empresa privada muchos millones de dólares.

Si un extraterrestre contemplara la escena, concluiría que en una región del planeta Tierra, se asigna más importancia a las pantorritas, que al mismo cerebro... A fin de cuentas, brillamos por algo.

MAS VALE TARDE...

Y aunque la comparación es odiosa, los recursos destinados a los niños con alguna forma de debilidad mental —que por simple distribución de probabilidad, se acumulan en el polo izquierdo inferior de la curva de Gauss, en una cuantía próxima al 3%— resultan infinitamente superiores que los destinados a sus equivalentes.

Tenemos cuatrocientos cuarenta y siete instituciones educativas para ellos.

Y es loable que ello sea así, los pequeños con disminución en sus funciones intelectuales requieren educación especial. Sería una tortura psicológica colocarles las exigencias académicas, por ejemplo, de niños de su misma edad.

A pesar de todo, existe al menos un germen de solución. Un semillero de futuros científicos y tecnólogos donde la inteligencia, la ética y el trabajo creativo, encuentran un terreno abonado. Un espacio vivo, donde se ven niños de seis años trabajando en física clásica, a estudiantes de ochonueve, reinventar el sistema periódico de los elementos y a púberes con modestos once años rastrear la factorización de polinomios. Pequeños alumnos —muchos de ellos expulsados del sistema escolar por bajo rendimiento, sino con el “diagnóstico” de retardo mental— que luego de jugar en la arenera o de arrullar ositos de felpa, como los más infantiles de los niños, se atreven a desentrañar las hermosas leyes que regulan el mecanismo de transmisión de un carro... a los seis años de edad.

A todas estas, no sabemos qué rumbo le habrá deparado la vida al joven de nuestro relato. □